

El historiador es criatura de civilizaciones que se desintegran:

una plática diacrónica entre Ernesto Volkening y Nicolás Gómez Dávila

Recibido: 05/07/2022 | Revisado: 31/03/2023 | Aceptado: 17/04/2023
DOI: 10.17230/co-herencia.20.38.6

José Miguel Gómez-Arbeláez*

josemiguelgomezarbelaez@gmail.com

Resumen En este texto se examina el fructífero diálogo sobre la naturaleza de la historia consignado en el *Diario de lectura* que lleva Ernesto Volkening (1908-1983) sobre los *Escolios* de Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). Entre escolios y comentarios se hilta una concepción de la historia que, a pesar de ser fragmentaria, guarda una auspiciosa coherencia. El historiador, el hecho histórico y el individuo son los conceptos centrales respecto a los cuales se compone el pensamiento histórico. Sin embargo, ese pensamiento solo se vislumbra en el diálogo entablado, pues los escolios se ven iluminados por los comentarios de Volkening: quien ante la etérea soledad del escolio suele proponer un acontecimiento histórico o un historiador como ejemplo.

* Universidad de los Andes, Bogotá-Colombia.
ORCID: 0009-0000-7723-6773

Palabras clave:

Ernesto Volkening, diálogo filosofía colombiana, historia, historiador, Nicolás Gómez Dávila, siglo XX.

The Historian is a Creature of Civilizations that Disintegrate: a Diachronic Conversation Between Ernesto Volkening and Nicolás Gómez Dávila

Abstract

This essay explores the fruitful dialogue on the nature of history recorded in Ernesto Volkening's (1908-1983) *Diary* (1973) on the scholia of Nicolás Gómez Dávila (1913-1994). Despite the scholia and commentary being fragmentary, when read intertwined, an auspicious and coherent concept of history is

manifested. In this dialogue, the historian, the historical fact, and the individual are central notions with respect to which historical thought is composed. As such, the scholia are illuminated by Voleking's comments: who, against the ethereal solitude of the scholia, proposes concrete remarks on a historical event or a historian.

Keywords:

Ernesto Volkening, dialogue Colombian Philosophy, history, historian, Nicolás Gómez Dávila, Twentieth Century.

*Adeo maxima quaeque ambigua sunt,
dum alii quoquo modo audita pro
compertis habent, alii vera in contrarium
vertunt et gliscit utrumque posteritate.*
Tácito, *Anales*, Libro III, XIX¹

La historia se parece al arte en un particular aspecto: quienes la cumplen no suelen comentarla. Brota ya una ambigüedad a la que vale la pena lanzarse: cuando digo historia, ¿me refiero al acontecimiento, o al relato del acontecimiento? Se evidencia así la primera de las viscosas preguntas que guían esta indagación. En este artículo intentaré concatenar -aunque quizá solo logre yuxtaponer- el fósil del diálogo sobre la historia entablado entre Nicolás Gómez Dávila (1913-1994) y Ernesto Volkening (1908-1983) en los diarios que el segundo llevó de la lectura de los *Escolios* del primero.

Mi objetivo en este ensayo no está exento de soberbia, pero tiene la virtud de reunir, así sea crípticamente, una serie de temas pre-

¹ “Son de tal ambigüedad los grandes sucesos que, por un lado, algunos tienen por probado cualquier rumor que escuchan, algunos otros, en cambio, transforman y voltean la verdad de estas cosas y la posteridad, finalmente, atiza e inflama los dos yerros”. Traducción del autor.

sentes en el vaivén de escolios² y comentarios.³ Parecería que para continuar debo establecer presuposiciones sobre la historia del pensamiento de don Nicolás o Volkening. A primera vista, esta tarea se ve truncada por escolios como este: “Hay leyes en la historia, pero historia es lo que no tiene leyes. / Historia es la imprevisible aventura que se elabora con las rutinas de la condición humana” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 170). Aun así, mal haría el lector en suponer que el escepticismo gomezdaviliano es incapaz de sentenciar. Prueba de ello son aquellos escolios que, a pesar de aceptar las limitaciones de la disciplina, niegan un relativismo en la historia, y por el contrario prescriben -algunas veces abrazando la contradicción- la forma en la que se debe pensar y escribir la historia. Ahora,

² El escolio es una forma literaria que se desarrolló de manera discontinua, en un principio como comentario textual por parte de los gramáticos alejandrinos durante la época helenística, para convertirse, tiempo después, en una serie de notas escritas en los bordes de los códices medievales por los monjes bizantinos; algunas veces los apuntes reproducían fragmentos de los originales alejandrinos, y otras veces reflejaban la propia opinión del escoliasta. La historia del escolio es compleja, es un género fragmentario y corto, sin duda alguna, pero también es un género de crítica textual, referencial e, incluso, filológica. Sin embargo, para el caso de la obra de Gómez Dávila, aunque la anterior acepción está presente, también se debe pensar en los géneros breves como el ensayo, el aforismo o la sentencia; este análisis ha sido realizado con profundidad por los profesores Francia Goenaga (2007, 2013, 2017, 2018), Efrén Giraldo (2013, 2014) y Alfredo Abad (2008).

³ Llamo comentarios a las entradas del *Diario* de Volkening, pero, a decir verdad, este es un análisis que debe hacerse con un cuidado y rigor que no puedo desarrollar en este escrito. ¿Por qué comentarios? Pues bien, porque por lo menos en el sentido más obvio se trata de un texto que existe en completa y absoluta dependencia del otro texto. En otras palabras, los “comentarios” de Volkening son, en el sentido más literal del término, dependientes de los escolios que los anteceden. Esta forma de ver las cosas es útil para el texto a continuación porque permite evidenciar el diálogo entre un autor y el otro. Al leer a Volkening como un comentarista es posible hilar una conversación sobre la historia. Ya notará el lector que el escolio parecería tener la misma naturaleza y, en efecto, el género del escolio tardo antiguo o bizantino debió ser también completamente dependiente del texto comentado -Volkening confirma esta aproximación al referirse al acto como “glosar” (2020, p. 7)-. Empero, Nicolás Gómez Dávila subvierte esta necesidad del género al desplegar el escolio límpido, libre de un texto principal a comentar. Con todo, baste advertir que no debe cerrarse la lectura de los *Diarios* como únicamente comentarios de Volkening. No se puede perder de vista una realidad particular, un diario de lectura no es solo un comentario, también es un “diario”: allí se manifiesta con fuerza la subjetividad de quien comenta, esto es, no solo comenta el texto explícito sino también, aprovechemos la coincidencia, el implícito que se refiere a la vida, experiencia y referencia del comentarista. Esto es, en todo caso, materia para otros artículos. Bastará hacer una última advertencia: el *Diario* de Volkening no deja de ser una especie de estadio hipotético anterior de los *Escolios*; pues despliega y muestra crudamente el acto de lectura y su comentario en oposición a la soledad del escolio de Gómez Dávila.

no podría de buena fe tildar como anti-sistemático un pensamiento que, una vez leído con atención, se llena de coherencias; pero que sí es, en el mejor sentido de la palabra, antitético. Con ello no quiero expresar una anulación de dos tesis, sino que, a pesar de ser opuestas, no se abolen: al contrario, cimentan sobre sí mismas una tercera que permanece intraducible e inexpressable. Propongo el siguiente ejemplo, aun a riesgo de desacreditarme desde el principio:

Reconocer que cada época escribe una distinta historia del pasado no equivale a confesar que todas las interpretaciones se valgan. Ciertas épocas tienen vocación para la historia, mientras que otras carecen de talento historiográfico.

Toda visión de la historia, sin duda, es peculiar a una época, pero el genio historiográfico de algunas transmite a su visión un valor historiográfico intemporal, análogo a la intemporalidad del valor estético (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 68).⁴

Escolio ilustrado por Volkening de la siguiente manera:

Superación del relativismo histórico: para NGD no todas las interpretaciones del pasado se valen; su valor (también se podría decir: su grado de autenticidad) varía según la vocación que tenga una época para la historiografía, y según la altura de su visión. La inteligibilidad del pretérito aumenta o disminuye, se opaca o se esclarece de un siglo a otro, o incluso en el transcurso de una misma centuria (la historiografía en los países de habla alemana, por ejemplo, tuvo su gran época en la primera mitad del siglo XIX, quizás hasta los comienzos de los años ochenta, con Niebuhr, Ranke, Droysen -figura ya en sí problemática-, Burckhardt, para ir decayendo después, no obstante la aparición posterior de uno que otro historiador respetable (Volkening, 2023, p. 69).

Dos afirmaciones se confrontan. Por un lado, el reconocimiento de que cada época escribe historias desiguales y dependientes a su propia condición histórica; afirmación que supone el aceptar que no se puede escapar del momento histórico⁵ y, por el otro, la capacidad de ciertas épocas y talentos para transmitir una historiografía “in-

⁴ Lo mismo parece decir NGD cuando afirma: “La verdad ni es histórica ni está fuera de la historia” (citado en Volkening, 2023, p. 132). Esto replica Volkening: “Me interesaría saber si alguien ha inventado ya la noción de la trascendencia inmanente y la inmanencia trascendente. Si no, inventémosla” (2023, p. 133).

⁵ “Cuando la razón levanta vuelo para escapar a la historia, no es en lo absoluto donde se posa, sino en la moda del día” (Gómez Dávila, 2005b, p. 73).

temporal". Volkening glosa el escolio (no me huye la tautología) al advertirle al lector que la idea detrás es una superación del relativismo y señala dos puntos asideros: el hecho histórico y el historiador. Este será el *modus operandi* de Volkening: ante un escolio que parece surcar el indeterminado cielo, el teutón propondrá un concreto acontecimiento histórico al que podemos ceñirnos o un historiador en quien confiar -o del que hay que recelar-.⁶

A este vaivén podemos llamarle juego, no a falta de una mejor palabra, sino porque entenderemos mejor la dinámica si reconocemos en ella una diversión por parte de los contertulios. Ernesto Volkening nos confiesa que la historia fue para él primero un recreo infantil:

Hubo un tiempo en que el muchacho casi se moría de rabia y de la pena de ver frustrados los grandes planes de su héroe Aníbal. Nació en ese mismo individuo -muy tarde, a decir verdad- el historiador cuando había aprendido a contemplar con la misma serenidad la derrota de los romanos en Cannas y la destrucción de Cartago. Con razón dice don Nicolás en el cuarto escolio de la página 787: "El libro de historia que no incomoda nuestra admiración o nuestro odio no ha sido escrito por un historiador". Sin embargo, sería una lástima que en el adulto muriese del todo el niño que admiraba a Aníbal (1973, C4, 786).

Este deleite me ha hecho pensar en el historiador como idea unificadora; tanto don Nicolás como Volkening exigen de la historiografía la voz y la inteligencia que pedirían de una buena novela, pues su reclamo proviene del buen gusto.⁷ De allí que podamos articular, con cierta coherencia, el decir y contradecir en torno a la escurridiza figura del historiador. Para darle sentido a esta pesquisa es preciso tener en cuenta esta relación ambigua y viscosa entre hecho histórico e historiador. Pues los escolios, precisamente por ser escritura fragmentaria, tienden a apuntar ya a este o aquel. Algunas veces favoreciendo el hecho mismo, otras veces afirmando que la historia es

⁶ Aquí puede ser útil precisar mi afirmación. En no pocos casos -y como lo verá el lector si tiene la suerte de leer el *Diario de lectura*- Volkening completa una idea por medio de una referencia concreta, un asidero si se quiere. Sin embargo, aunque recurrente, no es la única forma de comentar del renano. En otros casos simplemente alaba o expresa rechazo y, en los más fértiles, continúa la idea sin entregarle ayudas al lector.

⁷ "El historiador completo sería el que analizara con malevolencia y relatara con simpatía" (Gómez Dávila, 1977b, p. 11).

mera creación del historiador. La Verdad -como para los cristianos- se encuentra en esa dualidad. Esta afirmación no es mera analogía, pues en la historia, para don Nicolás -y con aquiescencia de Volkening- el individuo es, si se quiere, lo único que se puede decir sobre la historia. La historia no es sino testimonio de la encarnación del alma en la carne. Para facilidad en este ensayo trataré primero una definición de la historia,⁸ hecho eso, pasaré a ver el hecho histórico, al individuo y finalmente al historiador.

¿Qué es la historia?

La historia es un huidizo concepto, denota, como ya dije, un insólito siamés: por una parte, el hecho histórico y, por otra, el relato del hecho pretérito. ¿Podemos llamar historia al evento ocurrido en el pasado del que no tenemos idea ni del que podemos aspirar jamás a tener conocimiento? A esto sería, quizá, mejor llamarlo llanamente “el pasado”. Podemos aceptar como postulado imaginario un acontecimiento remoto del que no tenemos conocimiento, pero mal haríamos en llamarlo historia. Para ser historia este hecho se nos debe revelar en el presente por medio de las evidencias que de él sobreviven, por ejemplo, ser relatado por un historiador. Veamos esto con detenimiento: llamamos historia al relato del pasado, esto es, al producto de la mirada del historiador sobre las evidencias que del pasado subsisten. Sabemos, en todo caso, que nuestra ignorancia de un hecho no supone, *per se*, que debamos permanecer eternamente en estado de penumbra frente a él; puede ser que nuevos testimonios asomen (encontramos una moneda merovingia o un perdido pergamino en una subasta de la biblioteca de un monasterio) o a lo mejor una nueva inteligencia descubre escondidas huellas en ya conocidos objetos. Estas brillantes inteligencias son las que diferenciarán al historiador mediocre del genial.

Sin embargo, tampoco podemos llamar historia a todo evento pasado relatado pues, como afirma don Nicolás, hay eventos que carecen

⁸ Con todo, esta definición es necesariamente provisional. Como ya he advertido, la historia es un concepto huidizo, a la vez hecho y relato del hecho.

de interés: “Ciertos historiadores parecen creer que Atenas nos interesa porque importaba trigo y exportaba aceite” (citado en Volkening, 2020, p. 194). Aunque, como iremos viendo, el acuerdo sobre qué vale la pena aún no está notarizado, pues Volkening confiesa:

¡Qué pena tener que confesar que me apasiona la historia del comercio ateniense, e igualmente me tiene intrigado el despotismo de mercader (el más implacable de todos) con que Atenas regentaba los destinos de las pequeñas polis afiliadas a su liga marítima! (2020, p. 195).

Tampoco podemos pensar que historia es la manera en la que, hace miles de años, un riachuelo cavó un cañón. En vista de que la “... Historia es lo que acontece a un individuo de carne y hueso en un instante y en un sitio” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 184).⁹ A esta idea don Nicolás le agrega: “Llamamos historia a lo que acontece a alguien que valga la pena” (citado en Volkening, 2023, p. 126). La historia, por ende, discrimina no solo hechos, sino hombres.¹⁰ Empero, la historia tampoco es el hecho mismo, sino la mirada del historiador sobre ese acontecimiento:

La historia es menos el relato de unos hechos que un diálogo entre historiadores. Las interpretaciones erróneas de un tema por sus predecesores son el verdadero tema del historiador (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 26).

Todas las preguntas que brotan de la sentencia, las hace Volkening:

Surgen dos interrogantes. El primero: ¿Es la historia una creación de los historiadores?

El segundo: ¿Cómo y por qué caminos llega el historiador a comprobar o a convencerse de que fueron erróneas las interpretaciones de sus predecesores? ¿Gracias al descubrimiento de una nueva fuente o de un hecho a la sazón inédito, propios para darle luces de las cuales carecían sus colegas menos afortunados? ¿O debido, antes bien, a la circunstancia de que ha cambiado solamente la “óptica” del sucesor, permitiéndole enfocar

⁹ Burckhardt dice en *Reflexiones sobre la historia universal*: “Nosotros tomamos como punto de partida el único centro permanente y posible para nosotros: el hombre que padece, aspira y actúa; el hombre tal como es, como ha sido siempre y siempre será. Por eso nuestro modo de tratar el asunto será, en cierto modo, patológico” (1961, p. 47).

¹⁰ “Interpretar la historia se reduce a marcar correctamente sus articulaciones en el tiempo” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 160).

el asunto en cuestión desde un ángulo distinto? Y en este caso, qué habrá visto: ¿un espejismo, mera retroyección de su propio intramundo sobre el pretérito, o una faceta, un aspecto del fenómeno, una realidad que, sin ese “cambio de óptica” no hubiera percibido? (Volkening, 2023, pp. 27-29).

¿Cómo se puede ver la historia a través de la sola mirada del historiador sin dejar de atender a las evidencias físicas *-a las huellas-*? En un sentido similar, ¿cómo es que una huella puede verse de más de una manera? Tal vez a través de la mirada de un nuevo hombre. Hay que reconciliar dos ideas: la inmutabilidad del pasado y la constante mutabilidad de la mirada sobre ese pasado. El medievalista March Bloch, en el texto póstumo *Apología para la historia o el oficio de historiador*, dice: “El pasado es por definición algo dado que ya no será modificado por nada. Pero el conocimiento del pasado es una cosa en progreso¹¹ que no deja de transformarse y perfeccionarse” (2014, p. 82). La historia, por lo tanto, se debe ver como una escena del crimen, las manchas de sangre, los signos de violencia y el cuerpo de la víctima muestran un acontecimiento pasado e imposible de cambiar, pero el detective-historiador debe agudizar su mirada e inteligencia para descubrir no solo el criminal, sino los móviles del crimen. En efecto, Volkening dice, en un ensayo anterior a los diarios de lectura:

Ahora bien, sería comparable la curiosidad del historiador a la de un gran detective, quien sin darse por satisfecho con la identificación del criminal, se propusiera descubrir hasta los más remotos e intrincados móviles del crimen (1976, p. 59).

Coincide Gómez Dávila, pues el “descubrimiento” del pasado lo realiza el historiador cazando las huellas que permanecen: “El historiador obviamente no estudia el pasado, sino datos presentes con los que lo imagina. Llamamos historiador al hombre capaz de hallar huellas en los objetos” (1977b, p. 29).¹² Pero la historia no se agota en el llano descubrimiento de las evidencias: el verdadero reto está en

¹¹ Objetemos el uso y la idea de progreso en la historia, con los que seguro tendría objeciones don Nicolás.

¹² Confluye una vez más el pensamiento de NGD con Marc Bloch: “Como primer rasgo, el conocimiento de todos los hechos humanos en el pasado y de la mayoría de ellos en el presente, tiene que ser un conocimiento por huellas” (Bloch, 2014, p. 79).

comprender a los hombres que dejan los rastros. Por lo tanto, al buen historiador lo tiene sin cuidado que los contemporáneos piensen de tal u otra manera sobre un evento, por el contrario, se decanta por lo que cavilaron los contemporáneos al evento estudiado. Para ilustrar esta idea me gusta pensar en la reflexión que hace Steven Runciman (1994) sobre el retrato compuesto por la princesa bizantina Ana Comneno sobre el líder cruzado Bohemundo de Tarento.¹³ La joven de catorce años asistió a la entrevista entre el emperador bizantino Alejo I Comneno y el mentado cruzado. A pesar de que su padre y el normando se enfrentarían por años y se odiaban a muerte, cuando representó, años después, al enemigo de su padre, no pudo evitar elogiar su belleza. Sobre la efigie, Runciman escribe lo siguiente:

He was immensely tall; and though he was already over forty years of age, he had the figure and complexion of a young man, broad-shouldered and narrow-wasted, with a clear skin and ruddy cheeks. He wore his yellow hair shorter than was the fashion with western knights and was clean-shaven. He had stooped slightly from his childhood, but without impairing his air of health and strength. There was, says Anna, something hard in his expression and sinister in his smile; but being like all Greeks down the ages, susceptible to human beauty she could not withhold her admiration (Runciman, 1994, p. 131).¹⁴

Se trata de escribir historia sin miedo a juzgar; incluso, podría decirse que el valor histórico del extracto es el juicio. El historiador debe, pues, arriesgarse a emitir sentencias: “La objetividad del historiador no estriba en abstenerse de dictar juicios de valor, sino en sentenciar con acierto” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 68), a lo que Volkening responde señalando un nuevo ejemplo: “Como, en efecto, solían hacerlo todos los grandes historiadores que he leído. Jacob

¹³ Ana Comneno, princesa bizantina, fue la hija del emperador Alejo I Comneno. Se vio involucrada en la política de Imperio durante el reinado de su padre y llegó a conspirar contra su hermano para ascender al trono de Constantinopla. Retirada en un monasterio, se dedicó al estudio de la filosofía y la historia y compuso *La Alexiada*, un relato del reinado de su padre.

¹⁴ Esta es la descripción que hace Ana Comneno de Bohemundo en *La Alexiada* (Libro XIII, x, 4-5): “*Let me describe the barbarian's appearance more particularly -he was so tall in stature that he overtopped the tallest by nearly one cubit, narrow in the waist and loins, with broad shoulders and a deep chest and powerful arms. And in the whole build of the body he was neither too slender nor overweighted with flesh, but perfectly proportioned and, one might say, built in conformity with the canon of Polykleitus*”.

Burckhardt a sus estudiantes sobre Lord Bacon: ‘Por lo demás, fue un cerdo’” (2023, p. 69). En la escritura de Runciman nuevamente se entrevé la viscosa confusión entre hecho y relato.¹⁵ En el núcleo de la escena se describe la llegada del caballero cruzado a la corte imperial de Bizancio; este es, si se quiere, el hecho histórico, para ello el historiador (Runciman) utiliza como fuente la biografía escrita por Ana Comneno -a quien debemos también darle el título de historiadora-.

Con todo, con el paso del tiempo la obra de la princesa helena deja de ser mero relato, y se convierte, también, en hecho histórico digno de ser investigado y comprendido y ella en personaje histórico que debe ser relatado. Por todo esto el “juicio” emitido por Runciman me parece digno de consignar, pues no se limita a mostrarle al lector el hecho (la llegada del cruzado o la biografía escrita por la princesa bizantina) sino que se aventura a explicarnos algo más profundo: que no hay odio político que se entrometa en medio de una princesa griega y la sensibilidad estética.¹⁶ El lector, y otros historiadores, podrán impugnar la narración de Runciman, pero es la inteligencia del historiador la que alumbra una realidad que no parecía evidente con solo observar las desnudas huellas. No pensemos que por pedirle al historiador veredictos, los dos amigos están afirmando que la historia es objeto de fácil interpretación. De hecho, podría decirse todo lo contrario, la historia siempre resulta viscosa, indefinible, *incongrua*: “Lo que admiramos en la historia jamás ha sido el efecto deliberado de un propósito, sino su incongruo resultado” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 46); con ello coincide Volkening: “Lo incongruo: rasgo distintivo de lo histórico y substancia de la historia” (2023, p. 47).

No es correcto entonces reducir la historia a sus evidencias, aunque parezca innecesariamente complejo: la historiografía y la reflexión histórica se benefician de la yuxtaposición de narrativas. En cierto modo, los hechos históricos se ven mejor bajo la luz indirecta. La huella por sí sola dice muy poco, las numerosas miradas, en cam-

¹⁵ Volkening dice al respecto: “En las manos del historiador se transforma la ‘materia’ de la historia. La historia ‘acaecida’ no es la misma que la escrita” (1973, C4, 942).

¹⁶ Dice don Nicolás: “La historia pierde su color y su relieve si el historiador no arriesga juicios de valor” (citado en Volkening, 2023, p. 134). Y confirma Volkening: “El historiador ya formula un juicio de valor en la selección de los hechos que relata” (2023, p. 135). El talento o la genialidad comienzan, pues, desde la selección de los hechos por relatar.

bio, dicen mucho. En esta naturaleza intertextual vemos la similitud entre historia y literatura, no solo en las formas dialógicas, sino en la fertilidad que supone alimentarse de las narrativas descartadas:

La historia se enriquece cuando contemplamos los hechos indirectamente. Como si averiguáramos qué dice un scholar inglés de lo que opina un Gelehrte alemán sobre lo que un humanista italiano pensaba de la referencia que hace un comentarista latino a lo que dictaminaba un erudito alejandrino sobre un trágico-ateniense (Gómez Dávila, 1977a, p. 314).

Quizás el hombre ha presentado esta naturaleza incongrua de la historia -incluso desesperanzadora- desde los tiempos de Heródoto, y por eso prefiere huir o renegar de ella. No en vano todos los historiadores deben lidiar con la verdad como un problema fundamental, pues es justo esa verdad la que parece escondérseles infatigablemente. De allí que de la contemplación histórica el hombre emerja con un cierto afecto escéptico, con una conciencia de la vacuidad de los logros humanos, de lo erradas que son las predicciones y lo burdas que son las interpretaciones. El estudio de la historia muestra que los eventos que se hacían llamar apocalípticos resultan ser inocuos.¹⁷

La historia no es el relato del progreso del hombre, sino de su inevitable fracaso.¹⁸ En la historia lo necesario no parece corresponder con lo deseable; ni siquiera con lo predecible. La historia es la ironía de que del clamor *sic semper tyrannis* no surge una restauración republicana, sino nuevos tiranos: “Todo lo que se derrumba en la historia es bálsamo para la envidia” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 192). Don Nicolás y Ernesto Volkening entienden que la historia no se abalanza sobre una finalidad, sino que parece tropezar de un acontecimiento al otro: relato de ocasiones perdidas,¹⁹ crímenes e injusticias. Edward Gibbon lo resume de esta

¹⁷ Esta idea, que en cierto modo traza el problema de lo histórico desde un vistazo teológico, es omnipresente en los *Escolios* y tiene un desarrollo rico en la Edad Media; véase: *Nebuchadnezzar's Dream* de Jay Rubenstein (2019).

¹⁸ “Nada tan peligroso como la historia. El desfile de innúmeras vidas, de ambiciones sin fin que fracasaron, de triunfos estériles, de sistemas abortados, nos induce a creer que todo es hueco y vano, que sólo un escepticismo vulgar es sabio, que todo debe resumirse en una indiferencia impotente” (Gómez Dávila, 2003, p. 63).

¹⁹ Don Nicolás dice: “La historia universal es el relato de las ocasiones perdidas”. Pero no me perdería el comentario de Volkening: “Algunas tan bellas que siento dolor y rabia

manera, al escribir el epitafio del emperador Antonino Pío: *“His reign is marked by the rare advantage of furnishing very few materials for history; which is, indeed little more than the register of crimes, follies, and misfortunes of mankind”* (1994, p. 89).

En aras de no extenderme sin entrar en materia, podría decirse que a medida que se mira a los ojos de la historia esta responde con esquivada mirada. Cada nuevo acontecimiento que se marca sobre las líneas del tiempo torna el panorama más sombrío. El historicismo inicial de Gómez Dávila es solo punto de partida,²⁰ pues prepara el terreno para ideas como esta: “La historia no tiene sentido. Lo que da sentido a la aventura humana trasciende la historia” (2005a, p. 177). Cual goliardo que canta borracho en las calles del París medieval, don Nicolás piensa que la rueda de la fortuna es mejor manera de entender la historia que el consabido mito del progreso.²¹ Una idea que parece ser compartida por Gibbon, al terminar su monumental obra sobre la caída del Imperio romano. El historiador construye una escena: el papa Eusebio se encuentra en lo alto de una de las siete colinas de la ciudad eterna, reflexionando; allí el prosista sentencia: *“The place and the object gave ample scope for moralizing on the vicissitudes of fortune, which spares neither man nor the proudest of his works, which buries empires and cities in a common grave”* (Gibbon, 1994, p. 617).

El hecho histórico

Aunque la historia tenga una naturaleza huidiza que se despliega en el plano en aparente infinidad, el acontecimiento o hecho histórico es el madero del que el historiador (y de paso, el lector aficionado)

recordándolas. De veras: leer historia como yo la leo desde la adolescencia es una pasión que no lo vuelve a uno más cuerdo ni más feliz. Fenómeno quijotesco” (1973, C4, 932).

²⁰ Véase, por ejemplo, esta cavilación en *Notas*: “El deseo de escapar al historicismo y la incapacidad de pensar históricamente se manifiestan, cada día, con mayor claridad. Tentativas de definir al hombre eterno, a lo que del hombre se halla fuera de la historia, o tentativas de milenarismo que se esconden bajo el proceso de una dialéctica súbitamente interrumpida, todo revela una gran indiferencia ante lo histórico, que parece superficial y advenedizo” (Gómez Dávila, 2003, p. 353).

²¹ “Rueda de la fortuna es mejor alegoría de la historia que ‘evolución de la humanidad’” (Gómez Dávila, 2005a, p. 34). Véase al respecto: Mauricio Galindo Hurtado (2000, p. 10).

se puede asir para evitar naufragar durante la travesía; incluso a pesar de que los procesos históricos terminen en resultados inusitados, que las explicaciones resulten siempre endebles y que las causas resulten exiguas.²² Con todo, una vez el hecho histórico ha sido revelado por una huella, el historiador puede marcarlo en su tablero y dar inicio a sus investigaciones.²³ En la selección e identificación de un suceso como “histórico” el detective ha aventurado la primera de sus especulaciones.²⁴ Esta elección presupone el descarte de otros momentos coetáneos y admite, a su vez, la selección de otros que saldrán a la luz como causas o efectos del momento elegido. He aquí el valiente método historiográfico descrito: “... Reconstruir la causa, partiendo del efecto conocido, o prever el efecto, conociendo la causa, son procedimientos historiográficos aventurados” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 190). Lo cierto es que del hecho histórico concreto emergen un sinnúmero de posibilidades hermenéuticas, y la manera en que se traten -es decir, que se escriban- es, en un sentido muy real, “hacer historiografía”. Volkening no solo capta la idea de don Nicolás, sino que la expande así:

[...] el “hecho histórico” con toda su inmensa riqueza de facetas, aspectos, estructuras, guía el método que, a su vez, depende de la mayor o menor amplitud del entendimiento de quien lo aplique: cuanto más estrecha es mi mente, menos extensa será la región que abarca mi mirada y más restringida será también la posible “interacción” entre el intérprete y lo interpretado, mejor dicho lo accesible a mi interpretación. Asimismo, reviste importancia, según la “dimensión” del hecho histórico, la variedad de los medios interpretativos a mi disposición. Raras veces, y sólo en los muy grandes -e. g. en Tucídides, ocasionalmente en Spengler, nunca en Toynbee- no es dable comparar esa congruencia, la feliz coincidencia entre el historiador y la historia. Tendremos entonces historiografía verdaderamente grande (Volkening, 2023, pp. 41-43).

²² “Determinar cuál es la causa y cuál el efecto suele ser en historia problema insoluble” (Gómez Dávila, 1992, p. 76).

²³ NGD dice: “Un nombre propio o una fecha, en una disertación sociológica, refrescan como una fuente en el desierto” (citado en Volkening, 2023, p. 126).

²⁴ “Las dimensiones del hecho histórico estudiado tienden a imponernos categorías específicas de interpretación: la anécdota, por ejemplo, sugiere motivos psicológicos, el suceso explicaciones sociológicas, el período fundamentos económicos, la época un condicionamiento por ‘ideas’. Finalmente, los grandes trechos históricos: civilizaciones, culturas, etc., requieren el servicio de entidades meta-físicas: visión, perspectiva, estilo, *Stimmung*, etc.” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 40).

El éxito de una historiografía depende de muchos factores, naturalmente las investigaciones juiciosas son necesarias, pero una proporción de la labor siempre estará supeditada al olfato e intuición del historiador. El acontecimiento histórico, digamos la caída de Constantinopla, permanecerá allí mientras las huellas perduren, pero de ese mismo suceso pueden brotar una miríada de teorías: “Tal es la diversidad de los hechos históricos que toda teoría encuentra su caso” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 294). Cuidado, Gómez Dávila no está sugiriendo que el historiador deba dejar los hechos solos, antes bien está afirmando que la historiografía precisamente debe acendrar los acontecimientos; su consejo radica en recordar que la historia no es ni puede ser ciencia exacta: “La historia prefiere darles causas triviales a los hechos, los historiadores causas serias” (citado en Volkening, 2023, p. 303). Por eso, para ambos amigos las explicaciones entramadas de los historiadores marxistas resultan superficiales, pues olvidan que la historia es incoherente y los acontecimientos suelen tener causas nimias, múltiples y veladas. Al respecto, dice Volkening: “¡No querer hacer coherente lo incoherente, aceptar la incoherencia como *conditio sine qua non* del conocimiento histórico! Cuestión de probidad intelectual en el sentido nietzscheano” (1973, C4, 793).

No debemos, sin embargo, confiar en el hecho histórico ciegamente. No solo porque este se nos escapa cuando las huellas se borran de la arena, sino porque el acontecimiento representa el más grande de los adversarios: el devenir. Cada día nuevo complejiza la reflexión. El ejercicio historiográfico es precisamente un intento de captar la fotografía de aquello que se está moviendo. A la historia, dice Volkening, no se le puede hacer partida de defunción:

Aun cuando las tendencias indicadas se impusieran, como es de temer, la Historia seguiría su marcha imperturbable, sin prestar oídos a quienes se apresuran a expedirle la partida de defunción (1976, p. 56).

Sirve aquí recordar que la historia es bicéfala precisamente por la necesidad que le impone el constante discurrir del tiempo. No puede ser simplemente el solo hecho, pues una vez acontecido se esfuma: son los efectos de ese hecho los que permiten que sea descubierto

por el historiador y luego relatado. La historia es un animal de dos cabezas: acontecimiento y relato.²⁵

Individuo e historia

Aunque el hecho histórico se presenta como elixir en medio del desierto, con el paso del diálogo aumenta la zozobra frente a la posibilidad de encontrar una hermenéutica que descifre -o por lo menos ligue- los hechos. Dos ideas se empiezan a contraponer entre escolio y comentario: de un lado, la aparente imposibilidad de encontrar sentido a la historia o, en otras palabras, la historia como refutación de la tesis racionalista: “Bendita sea la historia que nos independizó de la ‘razón’” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 82).²⁶ Del otro, la certeza de que la historia puede ser relatada por el historiador que logra descifrar los hechos y encontrar en ellos una necesidad: “La historia no es inteligible para quien cree que todo lo que acontece es necesario, sino para quien reconoce que todo se vuelve necesario una vez acontecido” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 154). Para que se resuelva la lid se debe discurrir, en primer lugar, por la epistemología,²⁷ pues es inevitable determinar si el pasado es -en efecto- conocible y, en segundo lugar, se debe buscar un cimiento que permita darle sentido a lo que de otro modo se presenta siempre como relativo y en constante movimiento.

Dicha paradoja se ilustra mejor en el ya citado escolio: “Hay leyes en la historia, pero historia es lo que no tiene leyes. / Historia es la imprevisible aventura que se elabora con las rutinas de la condición humana” (citado en Volkening, 2020, p. 170). Con todo, la incongruencia no es del todo insalvable, en el escolio se anuncia la solución: lo humano. Y verdaderamente la historia, como el arte, se circunscribe al acto humano. No es historia aquello que se desarrolla al margen del sufrimiento o la gloria del hombre; aunque bien pueda

²⁵ “Cada acontecimiento modifica su idea histórica, no la ejemplifica meramente” (Gómez Dávila, 2009, p. 863).

²⁶ Volkening responde, una vez más, cuidándonos de creerle a ciertos historiadores: “Y alabado sea el autor por habernos salvado de las pedanterías de Benedetto Croce” (2023, p. 83).

²⁷ “De la filosofía de la historia sólo salva la epistemología de la historia” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 284).

ser que los dioses favorezcan a uno y maldigan a otro. La clave del escolio, como ya habrá adivinado el lector, es identificar que la contradicción es tan solo aparente. Lo que hay de constante en la historia es la naturaleza humana, pero en vista de que la naturaleza humana no se puede medir ni pesar, la historia resultará siempre imprevisible.

En otras palabras, en el centro de la pregunta filosófica por la historia (como quizá en todas las otras preguntas filosóficas) está el hombre. La idea se encuentra contenida en este escolio: “La irremplazabilidad del individuo es la enseñanza del cristianismo y el postulado de la historiografía”, así como en la respuesta de Volkening: “En efecto, si fuera reemplazable el individuo, no valdría la pena escribir historia; bastaría la estadística: el ideal de los sociólogos de las ‘nuevas promociones’” (1973, C4, 928).

Pero ¿qué quiere decir que el individuo esté en el centro mismo de la historia? La primera consecuencia será que las teorías o esquemas históricos que se basan en un solo factor resultan, de entrada, insuficientes. Un famoso exponente será, baste advertir, la absurda concepción de que la humanidad es arquitecta de la historia, pues no es lo mismo entender que el hombre es arcilla fundamental de la historia a afirmar que la humanidad controla la historia.²⁸ De allí que el escoliasta nos recuerde que toma la premisa en comodato del cristianismo; y que en ese contrato hay una cláusula previniendo al hombre de no olvidar su condición de criatura. De hecho, es de esta misma confianza en el poder del intelecto humano que se derivan otros errados sistemas de interpretación, que resultan, como es obvio, estériles para descubrir un sentido total de la historia: “Aun cuando la erudición florezca en nuestros días, las ciencias humanas están estrangulando la historia. / Psicología, sociología, economía, etc., construyen esquemas intemporales que restauran subrepticamente al hombre abstracto del siglo dieciocho” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 270). La desconfianza en un método único de interpretación histórica no es invención gomezdaviliana, sino enseñanza del viejo Burckhardt, que dice: “Los conceptos bien perfilados tienen su cabida

²⁸ “La humanidad es el único dios totalmente falso” y “La historia es menos evolución de la humanidad que despliegue de facetas de la naturaleza humana” (Gómez Dávila, 2005a, pp. 64 y 82).

en la lógica, pero no en la historia, donde todo es fluctuante y aparece sujeto a constantes transiciones y mezclas” (1961, p. 129).

La segunda consecuencia es la equivocada tendencia que escoge un solo hecho para explicar todo el resto de acontecimientos: “El historiador se suicida cuando transforma cualquier interpretación correcta de un solo acontecimiento histórico en clave de la historia” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 102).²⁹ Valiosa premisa que deberían recordar quienes ven en la imprenta de Gutenberg la división de la historia o la Revolución francesa como punto de quiebre entre el hombre servil y el hombre libre. De modo que proponer al hombre como centro de la historia es descartar los sistemas abstractos, pero queda por responder: ¿qué se resuelve al designar al individuo como punto central de la historia? ¿No es eso afirmar la más inverosímil de las tesis? -aquella que reza que la voluntad de un hombre puede cambiar el curso de la historia-.

La respuesta a estas dos preguntas bien puede resolver la cuestión “histórica” en Gómez Dávila, sin embargo, o más bien precisamente por ello, la respuesta es inverosímil. En *El reaccionario auténtico*, un texto publicado póstumamente, el bogotano advierte:

La historia, por lo tanto, es una trabazón de libertades endurecidas en procesos dialécticos. Mientras más hondo sea el estrato donde brota el acto libre, más variadas son las zonas de actividad que el proceso determina, y mayor su duración. El acto superficial y periférico se agota en episodios biográficos, mientras que el acto central y profundo puede crear una época para una sociedad entera (2020, p. 189).

Un acto libre de un individuo puede, si así lo permiten las condiciones, crear una época. No obstante, y en esto hay que ser cuidadoso, ese acto libre presupone una dialéctica histórica que permita no solo su desarrollo completo, sino que lo proteja de las continuas mareas, ya de otras libertades, ya de los actos del dios. Para Tolstói esta es la enseñanza que emerge de la malograda invasión a Rusia por parte de Napoleón, y así lo formula en el epílogo de *Guerra y paz*:

²⁹ Volkening, a sabiendas de que al lector desprevenido se le pierden las conclusiones alcanzadas, recuerda la razón: “[...] porque al mismo instante sucumbe a la proclividad especulativa, y ya hemos visto que cierta filosofía de la historia es el fin de la historiografía” (2023, p. 103).

La solución del problema del libre albedrío y de la necesidad, planteado y resuelto en otras ramas del saber, tiene para la Historia la ventaja de que en lo que a ella respecta, dicho problema no se refiere solamente a la esencia de la voluntad del hombre, sino a la idea de las manifestaciones de dicha voluntad en el pasado y bajo determinadas condiciones.

[...]

Por esta razón no existe para la Historia, como para la Teología, la Ética y la Filosofía, el misterio irresoluble de la unión de la libertad y de la necesidad. La Historia estudia la representación de la vida del hombre en la que se ha realizado ya la unión de esas dos contradicciones (Tolstói, 1966, p. 1577).

Parece un despropósito decirlo, pero la historia es la ciencia que estudia el acto libre del individuo una vez se ha convertido en necesario. Empero, cuidémonos de pensar que siempre fue necesario: tan solo es necesario una vez ha acontecido. Como ejemplo histórico (e historiográfico) del fenómeno, propongo este extracto de *Los césares* de Thomas de Quincey:

Pero, si fue Cayo Julio quien desfloró a Roma, si fue bajo su égida cuando ella perdió la dote de su pureza cívica y exhibió por vez primera la flor de su donceller, digamos entonces de manera resuelta que reservó sus más grandes favores al más noble de sus pretendientes (Quincey, 2007, p. 15).

La historia de Roma no puede borrar la presencia de Cayo Julio y, de hecho, Roma no sería Roma sin César; así, el lamento por la muerte de la República no puede cambiar la historia, aunque quizá sea mejor historiador quien sienta pasión por los hechos³⁰ y mal historiador aquel que deje de tratar el lamento como un elemento psicológico de importancia en las mentes de los hombres del Imperio. Ahora, aunque hay grandes hombres que entrelazan su libertad con la necesidad, como Napoleón o Alejandro, no por ello debemos pensar que la historia es el mero resultado de sus voluntades concatenadas. Estos individuos ciertamente cambian la historia, pero no la controlan; no olvidemos el escolio: “Lo que admiramos en la historia jamás ha sido el efecto deliberado de un propósito, sino su incongruo resul-

³⁰ En el ensayo “Conciencia histórica y pasión historiográfica” Volkening dice: “Así como, según Scheler, el amor precede al conocimiento, la vocación del historiador nace de la pasión historiográfica” (1976, p. 60).

tado” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 46). La prueba de ello es que un individuo desconocido, un grano de arena en medio del tumulto, puede alterar el devenir histórico, no necesariamente por ser genial, sino por encontrarse en el momento y el lugar indicados: “El destino del mundo siempre está en manos de un transeúnte desconocido” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 46). De este modo se explica que hombres como Rasputín puedan destruir una dinastía. Este foco en el individuo aconseja acudir a la anécdota antes que al sistema: “Quien vea la historia como silva de anécdotas se equivoca menos que quien la mira como ejemplario de un sistema” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 295). Ernesto Volkening apoya con todavía más vehemencia esta perspectiva, y sugiere un retorno a la manera de escribir de Heródoto y Plutarco:

La historiografía se rejuvenece tornando la mirada de vez en cuando hacia Heródoto, Plutarco. Quizás ni siquiera necesitemos retroceder tan lejos y volver la mirada a unos *dii minorum gentium* -pero dioses, en fin- como Tallemant des Réaux. El más eficaz antídoto contra el horror de los horrores: la historia sistematizada (1973, C4, 911).

Ahora, la teoría del individuo, por llamarla de algún modo, no supone que este sea ni salvador ni villano; por eso: “La historia muestra a los grandes destructores, y que hubo grandes reconstructores, pero que los constructores no existen” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2020, p. 194). Para no dejarnos perder en las etéreas suposiciones, Volkening le pone nombre al sospechoso: “A veces se unen el destructor y el reconstructor en una sola persona, en individuos de la talla de Kemal Atatürk, a quienes admiro sin que me inspiren simpatía” (2023, p. 195). En definitiva, si el destino está en las manos de un transeúnte desconocido, ningún historiador, por genial que sea, puede predecir la identidad o la vileza de ese anónimo vagabundo.

El problema del individuo es verdaderamente sutil, pues se alimenta de dos tesis que se contraponen en la superficie: de un lado, la potencialidad que tiene cualquier hombre de encontrarse en una grieta propicia para iniciar un movimiento histórico, y de otro, la imposibilidad de un individuo de mover, por su puro empeño, las fuerzas de la historia si las condiciones no se alinean para que ese movimiento

sea posible. Este condicionamiento al que estamos sometidos también puede ser interno, y por eso una parte de un análisis histórico debe examinar las maneras del individuo, las expresiones de lo humano:

Mientras el historiador no admita que la causa de la existencia o de la inexistencia de determinados hechos en determinadas épocas es la presencia o la ausencia de individuos capaces o incapaces de producirlos, una pululación creciente de teorías seguirá atribuyendo la paternidad responsable de los hechos a causas bien incapaces de engendrarlos (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 269).

Me basta hacer una advertencia más sobre el tema del individuo, que es central al pensamiento histórico gomezdaviliano, aspecto que, de paso, sorprende a Ernesto Volkening. La mirada histórica al individuo no busca relatar lo que este “hace” sino sus maneras de “ser”; en otras palabras, la historia no es crónica de “aventuras” sino de las maneras en que lo humano se expresa.³¹ Consciente de que no puede decirse una misma cosa dos veces igual de bien, transcribo intacta la respuesta del alemán:

A primera vista, un concepto asombroso, más aún, desconcertante -y por lo desconcertante digno de ser meditado, pues en lo que nos deja perplejo suele ocultarse la *terra incognita* de una nueva verdad-

Confieso haber estado convencido toda mi vida, hace un momento no más, de que la historia, desde Heródoto y Tucídides, Tito Livio, Salustio, Tácito hasta Gibbon, Macaulay, Lord Acton, Ranke, Droysen y Mommsen, era precisamente esto: relato de lo que hacían los hombres; que la finalidad asignada a la historia por el autor de los *Escolios*, o sea relatarnos lo que el hombre es, era de la incumbencia exclusiva de la filosofía, la antropología filosófica en particular. ¿Será que la aversión que don Nicolás le tiene a la filosofía de la historia (y que comparte con Jacob Burckhardt) le haya jugado una broma; y que después de haberla echado por la puerta principal, la muy taimada se haya colado por la puerta del servicio? No, no puede ser: tan fáciles soluciones no le son permitidas al lector de los *Escolios*. Hay que buscar una solución más a la altura de él. Hay que tratar de pensar con NGD, no contra él.

Tal vez lo que al interpretar el escolio precedente observé respecto a la naturaleza “proteica” y fluida del ser me dé luces: si lo movedizo le es

³¹ “La historia no tiene por finalidad relatarnos lo que el hombre hace, sino lo que es. La historia no cataloga sus actos, sino revela sus modos. / La historia no redacta el repertorio de las aventuras de la humanidad, sino exhibe las esencias de las humanidades sucesivas” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 54).

consustancial, el aparecer y desaparecer sucesivo de sus “modos” sería la “historia” del ser. Pero al mismo tiempo resurge otro pensamiento que me ha sido familiar hace años, más exactamente desde el momento en que, sentado un día de enero de 1962 en un banco del Parque Nacional lo concebí por primera vez: que la historia tiende a trascenderse a sí misma, que lo móvil anhela retornar a su estado de inmovilidad inicial, que lo que secretamente, inconscientemente busca el historiador no es el “comienzo” de algo, sino su origen, el sitio en donde del mito nazca la historia.

Por último, cabe pensar en los cerrados, herméticos *Kulturkreise* de Spengler cuando uno lee “la historia... exhibe las *esencias* de las humanidades sucesivas” (Volkening, 2023, pp. 55-57).

La consecuencia es simple -aunque no fácil de resolver-, el problema del individuo y la historia se liga con un problema más hondo todavía: la libertad. Aceptar al individuo como la medida mínima de la historia -el átomo del que se componen los hechos- es necesariamente reconocer la libertad como el elemento constitutivo de la historia.³² Pero esta es una idea en la que hay que hilar con cuidado. No se puede olvidar lo dicho hasta ahora sobre el azar, la imprevisibilidad de las condiciones que marcan el ascenso de un individuo. Se trata, en realidad, de la vieja riña entre determinismo y libre albedrío. Don Nicolás no se compromete, entiende que azar y libertad, condicionamiento y acto son todos necesarios al hecho histórico: “Nadie ignora que los acontecimientos históricos se componen de cuatro factores: necesidad, casualidad, espontaneidad, libertad. Sin embargo, rara es la escuela historiográfica que no pretenda reducirlos a uno solo” (Gómez Dávila, 1992, p. 77). Cuando la visión historicista olvida el individuo, deja de lado estos factores. Pero quizá más importante aún, no hay teoría total que pueda agruparlos; el individuo hace que la historia sea inmune a las fórmulas.

³² Cuenca Boy (2011) reconoce también la libertad como elemento dentro de la concepción de la historia de Gómez Dávila, y de paso advierte sobre su tratamiento: “Noción cardinal, la idea de la libertad de la historia se aquilata con otros pensamientos que vienen a establecer los límites exactos de su intensión, excluyendo, a ese fin, ciertos conceptos que podría provocar en el pensamiento su mero enunciado. Escolios que ahorran confusiones como la de creer, por ejemplo, que la meta de la historia sea la libertad, cuando ésta es solamente la materia con la que la historia trabaja; que la historia sea la verdad o que ofrezca soluciones, etc.” (2011, p. 4).

El historiador

Como no hay teoría que descifre la historia, solo queda la imaginación para dotar a los hechos de sentido.³³ Para analizarlo propongo que atendamos a Salustio, quien describe la difícil tarea en el prólogo a la *Conjuración de Catilina*:

[...] Se alaba a muchos por haber escrito los hechos de otros. A mí, en particular, aunque en modo alguno la gloria que acompaña al escritor es la misma de la que al autor de los hechos, se me antoja con todo especialmente arduo escribir historia. En primer lugar, porque hay que igualar hechos con palabras; luego, debido a que la mayoría considera que hablas con malquerencia y envidia al censurar determinadas faltas; y cuando narras la enorme bizarría y gloria de los valientes, lo que cada cual considera fácil de hacer para sí lo acepta ecuánimemente, lo que cae por encima de sus posibilidades lo considera inventado y falso (2014, p. 77).

Las palabras del romano se acercan al centro de la cuestión del historiador; aún después de descubrir el hecho histórico, el historiador debe superar dos obstáculos mayores para los cuales solo tiene su talento e inteligencia. Por un lado, debe “igualar hechos con palabras” y, por el otro, distinguir lo real de lo “inventado y falso”. Pero distinguir lo real de lo falso no se agota en determinar si un evento ocurrió, sino en resistir la tentación de falsear las evidencias, de encontrar causas donde no las hay u ocultar aquellas que se le presentan en medio de sus investigaciones. Como para don Nicolás y Volkening no hay historia sin historiadores, es de vital importancia determinar cómo se matan los dragones descritos por Salustio. Iniciemos por la manera en que se pueden igualar “hechos con palabras”.

Igualar hechos con palabras

En principio, el historiador debe tener talento para la escritura, su cuidado de las palabras se debe asemejar al del escritor y no a la precisión del científico o a los neologismos del sociólogo. Aun así, no

³³ Véase, por ejemplo, Sánchez Saus: “Como hemos visto, para Nicolás Gómez Dávila la Historia no puede sobreponerse a la presencia decisiva del historiador, para bien o para mal” (2015, p. 6).

bastará escribir bien para asemejar los hechos con palabras; el historiador, ante todo, debe ser capaz de hacernos comprender los hechos como los veía un contemporáneo. Lograr esta tarea no es cosa fácil, y quizá el más difícil de los retos es encontrar la idea, el concepto, el valor (en términos gomezdavilianos) que hace inteligible una época. Don Nicolás parece aventurarse a la tarea cuando dice:

Quienes reducen las esencias históricas a sus condiciones empíricas pecan contra la historia. La *gravitas* romana, por ejemplo, supone toda la historia de Roma, pero, ni su economía, ni su organización social, ni su política, la explican.

La esencia histórica es al hecho lo que el color a la onda: ni el verde es un efecto electro-magnético, ni la *gravitas* una estructura económico-social (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 8).

El Imperio romano no se puede entender acudiendo a valores contemporáneos, o asignándole, según la práctica marxista, conceptos modernos a instituciones y formas antiguas. Ni la *plebs* es lo mismo que el proletariado, ni los patricios son los burgueses.³⁴ El historiador no debe preocuparse por la manera en la que su propio tiempo entiende los hechos, sino que debe tejer con paciencia, rumiando las fuentes que se le presentan, la conciencia de una época y unas gentes de las que solo quedan fósiles.

Con demasiada frecuencia olvidamos que no hay vía de acceso directa e inmediata a la estructura de una sociedad, la cual sólo nos es dada a través de la conciencia, más aún: es un dato de la conciencia. Con razón se pregunta NGD, admirado, cómo esperamos conocer la sociedad de una época ignorando su estado de alma (Volkening, 2023, p. 63).

Para el historiador lo relevante no es marcar las efemérides en el cielo estrellado, sino en las formas de ser y pensar del hombre. Quizá por eso don Nicolás se muestra rabiosamente de acuerdo con la forma de hacer historia de Burckhardt, quien teoriza en la *Civilización del Renacimiento en Italia* (2004) que los *condottieri*³⁵ no se apar-

³⁴ Siguiendo esta idea, Ernesto Volkening dice: “La historiografía marxista o el anacronismo sobre ruedas. Y pensar que eso lo llaman ‘materialismo histórico’. Como historiador, Karl Marx sólo merece ponderación cuando escribe sobre el pasado inmediato: *Der achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte* o *Klassenkämpfe in Frankreich*, Federico Engels al ocuparse de la Guerra del setenta” (1973, C4, 812).

³⁵ Líderes mercenarios que vendían sus servicios a los príncipes renacentistas; algunos de

taban, sino que por el contrario encarnaban el espíritu estético del Renacimiento. Esta unión de lo político con lo artístico (la cultura con el Estado en términos del pensamiento del historiador suizo) es precisamente aquello que debe ser reconocido por la historiografía. Johan Huizinga, por poner un ejemplo, comienza *El otoño de la Edad Media* advirtiéndole al lector que los hombres de los que va a escuchar veían el universo de maneras muy diferentes:

Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño. Todo acontecimiento, todo acto, estaba rodeado de precisas y expresivas formas, estaba inserto en un estilo vital rígido, pero elevado. Las grandes contingencias de la vida -el nacimiento, el matrimonio, la muerte- tomaban con el sacramento respectivo el brillo de un misterio divino. Pero también los pequeños sucesos -un viaje, un trabajo, una visita- iban acompañados de mil bendiciones, ceremonias, sentencias y formalidades (Huizinga, 1994, p. 13).

Con miedo a extenderme en patrones, propongo también a George Duby (2019), quien entiende tan perfectamente este principio que para escribir una historia de la caballería hace un juego de manos: escribir la biografía de William Marshal, primer conde de Pembroke. Su elección es acertada, pues explicar la caballería medieval tiene como obstáculo principal el choque entre los valores feudales y el pragmatismo de la mente moderna. Sin embargo, en lugar de sucumbir a esas expectativas, como tantos historiadores que buscan retratar los personajes del pasado como pioneros de lo contemporáneo, Duby hace de Guillermo la antípoda de lo moderno y el adalid de la caballería; junta individuo y forma de pensar en un solo texto que acaba de esta forma magistral:

En la persona de Guillermo el Mariscal, en este indestructible armazón sobrevivía el siglo XII de sus hazañas, de sus treinta años, el de la tumultuosa exuberancia, el de Lancelot, de Gauvain, de los caballeros de la Tabla

ellos se convirtieron en príncipes.

Redonda. El buen tiempo, el tiempo superado. Podía avanzar pacíficamente hacia la muerte, orgulloso de haber sido el instrumento del último, del verdaderamente fugitivo, del anacrónico triunfo contra el dinero, de la lealtad contra el Estado, de haber llevado a su plenitud la caballería (Duby, 2019, p. 209).

Reconocer lo inventado y falso

Bien puede ser que la retórica del historiador capture -que la fineza de sus descripciones deslumbré- al lector, pero ¿cómo saber que no se ha valido de recursos espurios para hacerlo? El primer consejo de don Nicolás es el de fijarse en las razones por las que el historiador acude al pasado:

El historiador no se instala en el pasado con el fin de descender hacia el presente. El historiador no se interesa en lo que fuimos para indagar qué somos. Lo que somos le interesa para averiguar qué fuimos.

El pasado no es la meta aparente del historiador, sino su meta real (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 84).

Dicho de otra manera, y según el comentario de Ernesto Volkening, no hacer historiografía *ad usum delphini*,³⁶ no ver la historia como mero escalón del progreso. Solo quien se acerca al pasado con la pasión del aficionado, quien huye de justificaciones futuras o de evidencias políticas anacrónicas, puede estudiar el pasado de manera honesta.³⁷ Como el pendenciero de Gibbon, el historiador debe estar ansioso de descubrir lo sublime, contemplar los horrores de una época y hasta insultar, si así lo considera:

The theologian may indulge the pleasing task of describing Religion as she descended from Heaven, arrayed in her native purity. A more melancholy duty is imposed on the historian. He must discover the inevitable mixture of error and corruption which she contracted in a long residence upon Earth, among a weak and degenerate race of beings (Gibbon, 1994, p. 382).

³⁶ Expresión que denota los libros seleccionados y censurados para el uso del delfín de Francia.

³⁷ Sobre esta pasión Volkening dice: “Mas esa pasión no es en su esencia otra cosa distinta de aquel peculiarísimo rasgo del corazón humano que nos inclina a buscar el pasado, justamente porque es el pasado y por ningún otro motivo, y que para su renacimiento necesita del amante esfuerzo que tan hermosamente se manifiesta en la resurrección de Lázaro” (1976, p. 61).

Por eso, a pesar de que es bien sabido el anticristianismo de Gibbon, su perenne deseo de conocer y describir el Imperio romano hace valiosa su historia. Don Nicolás nunca sugiere que el historiador debe ser verdaderamente objetivo frente a la materia,³⁸ pero como Gibbon, el historiador debe ser incapaz de ver borrado incluso aquello que le desagrade.³⁹ Nada impide entonces que el historiador condene a un hombre o hasta a una época, pues debe arriesgarse a dictar juicios, en ellos está su mérito; y aunque bien puede ser que termine desacreditado, habrá cumplido su tarea cuando los dicte con honestidad y sin malversar los hechos o las evidencias.

Así, no se debe esperar del historiador objetividad, es mejor buscar interés por los hechos a relatar. El arte de la historiografía no ha avanzado, en este respecto, en sus dos mil años de existencia desde que Heródoto escribió sus averiguaciones. Ya en el padre de la Historia era evidente su parcialidad; pero fue precisamente ese favorecimiento por Atenas la que hizo posible su obra, pues es el deseo de salvar de las arenas del tiempo las gestas de los griegos lo que lo lleva a dejar constancia de aquellos hechos:

Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros -y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- queden sin realce (Heródoto, 2008, p. 185).

Bien puede ser que el historiador mienta; lo que nos importa es si lo hace a sabiendas. El dolo lo determinará la razón por la que escribe, pues mientras sea con el propósito de dejar memoria o de desenterrar unos hechos lo perdonaremos. En definitiva, el historiador no debe escribir como entomólogo desapasionado disecando el cadáver de un insecto. Debe, por el contrario, odiar o amar aquello que refiere. La diferencia está en aquello que el historiador busca: si

³⁸ “La única imparcialidad a que el historiador modesto aspira consiste en la conciencia permanente de su parcialidad” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 266).

³⁹ “... Ser historiadores es sentirnos incapaces de querer ver borrado de la historia aun lo que condenamos” (Gómez Dávila, citado en Volkening, 2023, p. 24).

acaso está interesado en encontrar respuesta al presente, su historiografía será deficiente, siempre coja y deshonesto; pero si por ventura su interés se encuentra en el tiempo pasado, su pasión, sea por amor u odio, será sello de una historiografía honesta.

Conclusiones

Quien busque en el diálogo entre estos dos amigos una teoría en la que pueda sustentar su comprensión de la historia, saldrá necesariamente desilusionado. Aunque no hay temor a pontificar, tampoco puede extraerse predicción alguna sobre el curso de la historia. La historia, antes bien, supone aceptar la imprevisibilidad de la “aventura humana”. Sin embargo, no por huir de la teoría las ideas son infecundas. Hará bien el lector en centrarse en dos “verdades” para recorrer el ambiguo trecho que supone pensar la historia como fue dialogada por don Nicolás y Volkening: en primer lugar, no olvidar la necesaria presencia del individuo como engranaje inevitable del movimiento histórico. En esta idea habita no solo la libertad, sino también las condiciones que hacen al hecho posible. Pensar en el individuo, más que una regla abstracta, supone ser sensible a su necesaria presencia. Es verdaderamente paradójico, pero el individuo explica a la vez la confluencia de talento, idealismo, maldad y chance en todo acontecimiento.⁴⁰ Paradójico en cuanto que el individuo alberga no solo el talento y la libertad para modificar la historia, sino las limitaciones del momento y el sometimiento a la suerte. En segundo lugar, está el historiador. No hay historia sin relato historiográfico. La pasión, el deseo y la nariz del historiador⁴¹ son elementos sin los que la historia no existe. Antes bien, como sugiere en escolios más nihilistas don Nicolás, puede ser que exista el historiador, pero no la historia.

Con todo, quizá lo más sorprendente sea asistir al encuentro de dos inteligencias que pueden comprenderse sin necesidad de articular una teoría total -de trazar el camino para no perderse en la oscuridad-. Los comentarios de Volkening no son -aunque la desig-

⁴⁰ “El mecanismo esencial de la historia es el simple reemplazo de unas individualidades por otras” (Gómez Dávila, 1992, p. 105).

⁴¹ “Sin talento literario el historiador falsifica inevitablemente la historia” (Gómez Dávila, 1992, p. 46).

nación diga lo contrario- meros apéndices didácticos a los escolios. Ambos son escolios y comentarios de la historia, que hace de texto sobreentendido.⁴² Lo anterior lo confirma no solo la sagacidad de los comentarios,⁴³ que muchas veces dicen lo que el escolio no podía decir o muestran lo que el escoliasta no sabía, sino también los ensayos de Volkening. En “Conciencia histórica y pasión historiográfica” (1971) -ensayo escrito dos años antes que los *Diarios*- Volkening ya fustigaba contra la visión historicista de ciertos pensadores decimonónicos y contemporáneos, ponía en tela de juicio que todo en la historia fuera relativo y advertía que sin historiador (y, de paso, sin la pasión por el pasado)⁴⁴ no habría historia. Incluso, Volkening anunciaba la negación de la historia como la más absurda de las ideas detrás de la crisis de Occidente (1976, p. 52).

Sin esta idea sería imposible entender el entramado que teje don Nicolás y, sin embargo, fue injustamente abandonada en este texto, como ya seguro lo adivina el lector. La actitud antihistórica, antes que caracterizar a los ignorantes, identifica a los ideólogos; pues para estos la historia solo es útil cuando hace predicciones de sus afectos. La pasión por la historia no admite entramados ideológicos ni fines utópicos, sino que antes bien los desarma; pues quien la estudia con sinceridad no puede dejar de reconocer el olor a cadáver: “La historia exhibe demasiados cadáveres inútiles para que sea posible atribuirle finalidad alguna” (Gómez Dávila, 1992, p. 46). Ahora bien, ¿qué significa negar la historia? No es olvidar un hecho, ni adherirse a un memorial de agravios, sino olvidar un dogma cristiano. Al lector le parecerá una digresión injustificada, pero entender el rol del individuo es aceptar la historia como descubrimiento del cristianismo; pero no es casual hallazgo, sino bisagra entre la civilización helenística y las buenas nuevas del cristianismo:

⁴² Esta es una tesis riesgosa; afirmemos, de manera provisional, que hay escolios que sin duda están comentando el texto que es la historia, que como ya se ha visto, no existe sin la historiografía.

⁴³ Comentarios como este, sobre la imperecedera necesidad del historiador: “[...] mientras no pasa por el tamiz de la conciencia del historiador (que no necesita ser un Ranke, bien puede ser el de su propia vida), tampoco se tornan historia, sino permanecen en su condición de hechos brutos, y es como si no existieran. *Quod non est in historia, non est in mundo*. O por citar a Nietzsche: *facta ficta sunt*” (Volkening, 2023, p. 73).

⁴⁴ Véase Volkening (1976).

[...] En los albores de una civilización, cuando una nueva noción del hombre reemplaza una noción obsoleta que perece, asistimos a un fugaz despertar de la conciencia histórica. Así el Cristianismo introduce la noción de tiempo histórico en el universo estático del helenismo (Gómez Dávila, 2003, p. 150).

Pese a ello, la conciencia histórica no es juvenil empeño, sino la cavilación de quienes se encuentran en el ocaso y -naturalmente- en el parto de una nueva civilización. Es entre las ruinas que el hombre reestablece el diálogo con los muertos para recuperar del cataclismo aquello que tiene valor. La historia no sirve entonces para fijar rumbos, sino para restablecer sensibilidades. Una vez la civilización está en decadencia: “Entonces nace el historiador, el catador crítico de almas, el amo de los gestos invocatorios, el Ulises que abreva en su propia sangre los muertos con quienes dialoga” (Volkening, 1976, p. 52). Al nombrar al *πολύτροπος* (“de muchas mañas”) Gómez Dávila nos advierte la calaña del historiador: como Ulises, el historiador existe después de la guerra y su labor debe ser la de referir los hechos al mundo que queda entre las ruinas; a su disposición tiene tan solo el ingenio como arma. Antes que proponer una solución, el historiador está mejor posicionado para hablar con los muertos sobre las glorias y derrotas pasadas y entretener a los vivos con el relato de esas efemérides.

Una última conclusión debe emerger de entre estas brumas: el pensamiento de don Nicolás respecto a la historia es católico. Las implicaciones de esta afirmación son múltiples. Pensar la historia católicamente es rumiarse el problema de la libertad; allí escolios como este alumbran: “La historia sí es historia de la libertad, pero no de una esencia ‘Libertad’, sino de los actos humanos libres y de sus imprevisibles consecuencias” (Gómez Dávila, 1992, p. 171). Mi intuición es que el pensamiento histórico gomezdaviliano, como todo su pensamiento, tiene una raigambre teológica. La relación con autores como Joseph de Maistre se vuelve clave del enigma.⁴⁵ Me arriesgo, en todo caso, a hacer la siguiente afirmación: cuando don Nicolás

⁴⁵ Véase por ejemplo este escolio, “La ejecución de Luis XVI pertenece menos a la historia política de Francia que a la historia religiosa de Occidente. Los regicidas consagraban una nueva alianza en la sangre de una inmolación sacrílega” (Gómez Dávila, 2005a, p. 193).

dice que la historia carece de sentido, de rumbo o de finalidad, no está adhiriéndose a un viejo escepticismo o a un posmoderno deconstruccionismo; solo está evocando la dualidad agustiniana en la ciudad de Dios. Por eso dice: “Toda totalización de la aventura humana que pretenda cumplirse fuera de la inimaginable Jerusalén celeste será sólo una cárcel totalitaria” (Gómez Dávila, 1977a, p. 477). Porque, en el pensamiento católico, la historia existe para, de un lado, hacer posible la presencia encarnada del hombre y, del otro, la solución trascendente a su condición humana. O, en otras palabras, la historia existe precisamente para evitar la tentación de suponer futuros gloriosos y utopías liberadoras. Esto, creo yo, es lo que sugieren escolios como este: “La interpretación agustiniana de la historia nos invita a una dialéctica que esquivo la estafa de la síntesis” (Gómez Dávila, 2005b, p. 46). Esta alusión a San Agustín debe advertir sobre el error en el que se cae al pensar la historia como un instrumento didáctico o político, la historia tiene propósitos⁴⁶ más inescrutables.

– “... the best of my thoughts shall be rather to mend myself than the World...” nos dice Sir William Temple, plagando a Descartes.

Pocos, desde hace siglos, confiesan un anhelo semejante. He allí, pues, el auténtico *divortium aquarum* de la historia.

¡Qué antiguo me siento! (Gómez Dávila, 1977a, p. 191).

Agradecimientos

El anterior ensayo debe su existencia, en no poca medida, a la Universidad de los Andes y, en particular y especialmente, a la profesora Francia Elena Goenaga, quien en su constante labor eleva y continúa elevando el estudio de la obra de Nicolás Gómez Dávila. Las reflexiones aquí presentadas surgieron como consecuencia de la revisión y edición de los cuadernos manuscritos de Volkening para la publicación conjunta entre la Universidad de los Andes y la Universidad EAFIT, en dos magníficos tomos. Los manuscritos de Volkening, su edición y posterior publicación para el beneficio no

⁴⁶ “El ‘corazón humano’ es un recinto que sólo abre la llave agustiniana” (Gómez Dávila, 2005b, p. 163).

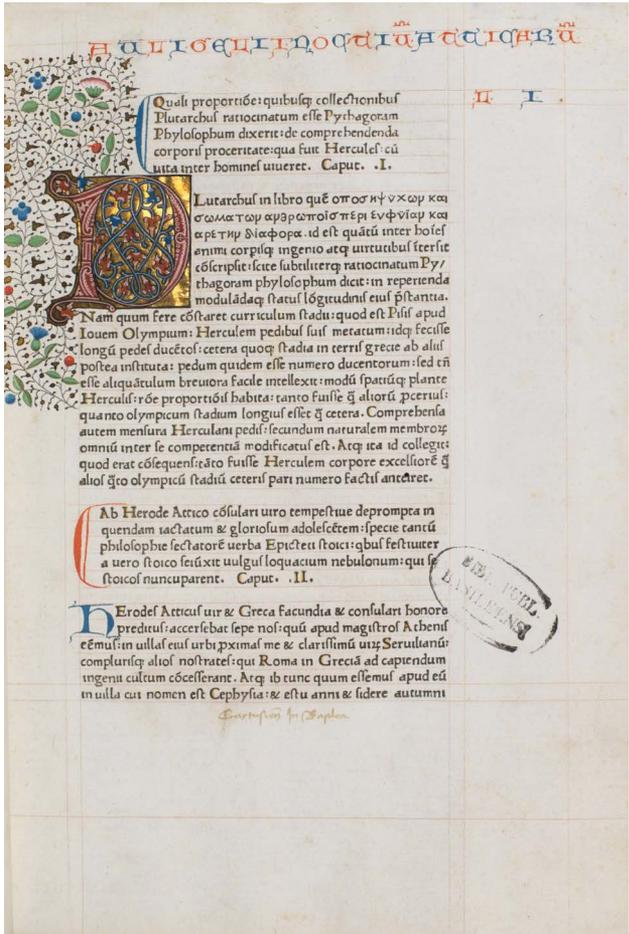
solo de la crítica gomezdaviliana, sino, en general, de la historia de la literatura y del pensamiento colombiano, se deben completamente a la labor de la profesora Francia Elena. Los años revelarán los frutos detrás de estas importantes labores de rescate de archivo. No deja de ser asombroso que una obra de tal calidad como la de Ernesto Volkening estuviera tan cerca de permanecer olvidada en los anaqueles -esperemos que los *manes* de don Nicolás y Volkening se encuentren satisfechos al ver que el culto a su memoria sobrevivirá unas cuantas generaciones-. Por último, es necesario agradecer a la Biblioteca Luis Ángel Arango, que no solo albergó y permitió la consulta de los manuscritos de Ernesto Volkening, sino que también, en su sede de la Casa Gómez Campuzano y su colección de la biblioteca de Nicolás Gómez Dávila, proporcionó un espacio agradable y los recursos necesarios para realizar la investigación que aquí se presenta 

Referencias

- Abad Torres, A. (2008). *Pensar lo implícito. En torno a Gómez Dávila*. CRIE.
- Bloch, M. (2014). *Apología para la historia o el oficio de historiador* (M. Jiménez y D. Zaslavsky, Trads.). Fondo de Cultura Económica.
- Burckhardt, J. (1961). *Reflexiones sobre la historia universal* (W. Roces, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Burckhardt, J. (2004). *The Civilization of the Renaissance in Italy*. The Folio Society.
- Comnena, A. (1928). *The Alexiad* (E. A. Dawes, Ed. y Trad.). Routledge.
- Cuena Boy, F. (2011). Nicolás Gómez Dávila, la historia, el derecho. *Revista General de Derecho Romano*, (16), 1-28. <https://goo.su/1LKMOD>
- Duby, G. (2019). *Guillermo el Mariscal* (C. López Alonso, Trad.). Alianza.
- Galindo Hurtado, M. (2000). Un pensador aristocrático en los Andes: una mirada al pensamiento de Nicolás Gómez Dávila. *Historia Crítica*, (19), 13-26. <https://doi.org/10.7440/histcrit19.2000.02>
- Gibbon, E. (1994). *The Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 1. Everyman's Library.

- Giraldo, E. (2013). Nicolás Gómez Dávila. La estética, el escolio y el ensayo. *Revista Universidad de Antioquia*, (314), 20-28. <https://bit.ly/3Hk93Yh>
- Giraldo, E. (2014). *La poética del esbozo: Baldomero Sanín Cano, Hernando Téllez, Nicolás Gómez Dávila*. Universidad de los Andes.
- Goenaga Olivares, F. E. (2007). Anotar es comprender. En F. E. Goenaga, H. Holguín y C. A. Páez, *Lenguajes de la política y política del Lenguaje* (pp. 145-185). Universidad Autónoma de Colombia.
- Goenaga Olivares, F. E. (2013). Cómo leer un escolio: el caso de Nicolás Gómez Dávila. En K. Urbanek (Ed.), *Prawdziwy reakcjonista. Nicolásowi Gómezowi Dávili w stulecie urodzin [El reaccionario auténtico. A Nicolás Gómez Dávila en el centenario de su nacimiento]* (pp. 23-31). Furta Sacra.
- Goenaga Olivares, F. E. (2017). La biblioteca revisada de NGD, una nueva edición de los escolios. En A. Abad (Comp.), *Entre fragmentos. Interpretaciones gomezdavianas* (pp. 67-78). Casa de Asterión.
- Goenaga Olivares, F. E. (2018). Nicolás Gómez Dávila: el surgimiento de una obra sucesiva. En J. F. Mejía Mosquera (Ed.), *Facetas del pensamiento de Nicolás Gómez Dávila* (pp. 85-94). Pontificia Universidad Javeriana.
- Gómez Dávila, N. (1977a). *Escolios a un texto implícito I*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1977b). *Escolios a un texto implícito II*. Instituto Colombiano de Cultura.
- Gómez Dávila, N. (1992). *Sucesivos escolios a un texto implícito*. Instituto Caro y Cuervo.
- Gómez Dávila, N. (2003). *Notas*. Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005a). *Nuevos escolios a un texto implícito. Tomo I*. Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2005b). *Nuevos escolios a un texto implícito. Tomo II*. Villegas.
- Gómez Dávila, N. (2009). *Escolios a un texto implícito*. Atalanta.
- Gómez Dávila, N. (2020). El reaccionario auténtico. En *Textos*. Casa de Asterión.
- Heródoto. (2008). *Historia* (C. Schrader, Trad.). Gredos.

- Huizinga, J. (1994). *El otoño de la Edad Media* (A. Rodríguez de la Peña, Trad.). Alianza.
- Quincey, T. de (2007). *Los césares* (J. Doce, Trad.). Alba.
- Rubenstein, J. (2019). *Nebuchadnezzar's Dream*. Oxford University Press.
- Runciman, S. (1994). *The First Crusade*. The Folio Society.
- Salustio. (2014). *Conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta. Fragmentos de las "Historias"* (B. Segura Ramos, Trad.). Gredos.
- Sánchez Saus, R. (2015). Nicolás Gómez Dávila: la Historia y la búsqueda de la verdad. *Revista Hispanoamericana*, (5), 1-9. <https://goo.su/IfwAt>
- Tácito. (2009). *Analns and Histories* (A. Church & W. Brodribb, Trans.). Everyman's Library.
- Tolstói, L. (1966). *Guerra y paz*. En *Obras Completas* (I. Andresco y L. Andresco, Trans.). Aguilar.
- Volkening E. (1973). Sin título. Manuscrito no publicado (5 cuadernos). Biblioteca Luis Ángel Arango, Colección de libros raros y curiosos.
- Volkening E. (1976 [1971]). Conciencia histórica y pasión historiográfica. En *Ensayos II: atardecer europeo* (pp. 49-62). Instituto Colombiano de Cultura.
- Volkening, E. (2020). *Diario de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos I y II* (A. Abad, F. Goenaga y E. Giraldo, Eds.). Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.
- Volkening, E. (2023). *Diario de los Escolios de Nicolás Gómez Dávila. Cuadernos III, IV y V* (F. Goenaga, A. Abad y E. Giraldo, Eds.). Universidad de los Andes y Universidad EAFIT.



ΑΥΛΙΟΥ ΓΕΛΛΙΟΥ ΝΟΚΤΙΩΝ ΑΤΤΙΚΑΡΩΝ

HQuali proportio: quibusq; collectionibus
Plutarchus ratiocinatum esse Pythagoram
Philosophum dixerit: de comprehendenda
corporis proceritate: qua fuit Hercules: cu
iura inter homines iuueret. Caput. .I.

II I



Lutarchus in libro que οπισ ην v x ω ρ κ α
σ ω μ α τ ω ρ α μ β ρ ω τ ο ι σ π ε ρ ι ε ν φ ν ι α ρ κ α
α ρ ε τ η ρ διαφορα. id est quatuor inter hoies
enim corporis ingenio atq; uirtutibus iterite
descripfit: scilicet subiliterq; ratiocinatum Py
thagoram philosophum dicit: in reperienda
moduladaq; statulogitudinis eius sitantia.

Nam quum fere costare curriculum stadii: quod est Pisis apud
Iouem Olympum: Herculem pedibus suis metatum: idq; fecisse
longu pedes ducentos: cetera quoq; stadia in terris grece ab aliis
postea instituta: pedum quidem esse numero ducentorum: sed eni
esse aliquatulum breuiora facile intellexit: modum spatiumq; plante
Herculis: rone proportiois habita: tanto fuisse q; aliorumq; perit:
quanto olympicum stadium longius esse q; cetera. Comprehensa
autem mensura Herculanis pedis: secundum naturalem membrorum
omniu inter se comperentia modificatus est. Atq; ita id collegit:
quod erat consequens: ito fuisse Herculem corpore excellentiore q;
alios quo olympicis stadiu ceteris pari numero factis antaret.

Ab Herode Attico consulari uiro tempestus deprompta in
quendam iactatum & gloriosum adolescentem: specie tantu
philosophie sectatore uerba Epicteti stoici: quibus festiuit
a uero stoico sensu: uulgus loquacium nebulonum: qui
stoicos nuncuparent. Caput. .II.

Herodes Atticus uir & Greca facundia & consulari honore
preditus: accersibat sepe nos: qui apud magistros Athenis
eemul: in uillas eius urbi proximal me & clarissimu uir: Seruiliu
compluribus aliis nostrates: qui Roma in Grece ad capiendum
ingeniu cultum cocellerant. Atq; ibi tunc quum essemus: apud eu
in uilla cui nomen est Cephyfia: & estu anni & sidere autumni



Partis in Capite